

COMO CENTINELAS

12 de Noviembre de 2017

Evangelio según MATEO 25, 1-13

Entonces se parecerá el reino de Dios a diez muchachas que cogieron sus candiles y salieron a recibir al novio. Cinco eran necias y cinco sensatas.

Las necias, al coger los candiles, se dejaron el aceite; las sensatas, en cambio, llevaron alcuzas de aceite además de los candiles.

Como el novio tardaba, les entró sueño a todas y se durmieron.

A medianoche se oyó gritar:

- ¡Que llega el novio, salid a recibirlo!

Se despertaron todas y se pusieron a despabilar los candiles. Las necias dijeron a las sensatas:

- Dadnos de vuestro aceite, que los candiles se nos apagan.

Pero las sensatas contestaron:

- Por si acaso no hay bastante para todas, mejor es que vayáis a la tienda a comprarlo.

Mientras iban a comprarlo llegó el novio: las que estaban preparadas entraron con él al banquete de bodas, y se cerró la puerta.

Cuando por fin llegaron las otras muchachas, se pusieron a llamar:

- Señor, señor, ábrenos.

Pero él respondió:

- Os aseguro que no sé quiénes sois.

Por tanto, manteneos despiertos, que no sabéis el día ni la hora.

- o - o - o -

Son bastantes las parábolas en que Jesús repite, de una manera o de otra, el mismo mensaje: "Lo mejor que tenéis es la esperanza. No la perdáis. Mantenedla viva. No apaguéis vuestro anhelo de vida definitiva. Esperad con el corazón ardiendo. Sed lúcidos. Nada hay más triste que una persona "acabada" que ha perdido la esperanza en Dios».

Jesús no utiliza un lenguaje moral. Para él, dejar que se apague en nosotros la esperanza no es un pecado, es una insensatez. Las jóvenes de la parábola, que dejan que se apague su lámpara antes de que llegue el esposo, son «necias», pues no han sabido mantener viva su espera. No se han ocupado de lo más importante que ha de hacer el ser humano: esperar a Dios hasta el final.

No es fácil escuchar hoy este mensaje. Hemos perdido capacidad para vivir algo intensamente de manera duradera. El paso del tiempo lo desgasta todo. Al hombre de nuestros días solo parece fascinarle lo nuevo, lo actual, el momento presente. No acertamos a vivir algo de manera viva y permanente sin dejarlo languidecer.



Hemos encontrado una manera más razonable y sensata de mirar al futuro. Somos maestros en hacer toda clase de cálculos y previsiones para no correr riesgos en el futuro. Nos preocupamos de asegurar nuestra salud y garantizar nuestro nivel de vida; planificamos nuestra jubilación y nos organizamos una vejez tranquila. Todo ello está muy bien, pero no dejamos de ser insensatos si no reconocemos algo que es evidente: todas estas seguridades fabricadas por nosotros son inseguras.

La advertencia evangélica no es irracional o absurda. Jesús invita sencillamente a vivir en el horizonte de la vida eterna, sin engañarnos ingenuamente sobre la caducidad y los límites de esta vida: «¿Qué previsiones hacéis más allá de lo visible y perecedero? ¿Dónde pensáis encontrar seguridad cuando se desmoronen vuestras seguridades?».

Mantener despierta la esperanza significa no contentarse con cualquier cosa, no desesperar del ser humano, no perder nunca el anhelo de «vida definitiva» para todos, no dejar de buscar, de creer y de confiar. Aunque no lo sepan, quienes viven así están esperando la venida de Dios.

COMO CENTINELAS

El mayor enemigo de la vida, y también de la fe, es la superficialidad. En ella nos hacemos vulnerables y manipulables. Por eso, profundizar es la manera mejor de ejercer nuestra función de crítica social, de ser «centinelas» de nuestro modo de vivir. Nos ayudan a ello múltiples «observatorios» que analizan las pobrezas, las migraciones, los comportamientos sociales. Esta labor de vigilancia devuelve la hondura al vivir humano y, por ello, contribuyen a hacer más posible y cercano el horizonte de la fraternidad.

«No podemos olvidar que en estos viejos tiempos, ya gastados en sus valores, hay quienes en nada creen, pero también hay multitudes de seres humanos que trabajan y siguen en la espera, como centinelas».

«**Te nombro centinela**»: Esto dice el Señor al profeta Ezequiel (33,7). Lo mismo dice Jesús a cada seguidor/a. Los mecanismos religiosos tienden a limar las aristas de la vocación profética que nos constituye en centinelas. El Evangelio trata de devolver el brillo a la profecía. Recibir el «nombramiento» de centinela sólo será posible en personas que amen el camino humano y piensen que es ahí mismo donde Dios quiere ser amado.



Aquí vengo, Jesús, hasta tu puerta,
¡te esperé con la lámpara encendida!

Acaso no es la llama tan crecida,
pero estuvo en amores bien dispuesta.

Apenas tu llegada descubierta,
pido entrada en tu casa tan querida.

Abre pronto, Jesús, tú eres mi Vida;
y alejada de ti, mi alma está yerta.

¡Ábreme, amado, ya! ¡Que gran consuelo
descansar donde el mismo Dios reposa!

Son las nupcias ansiadas de la esposa.

¡Oh, Señor, hecho luz!, ¡Descorre el velo!

¡Oh, mansión regalada...deliciosa!

¿Qué puedo yo querer?, ¡Tú eres el cielo!

PILAR BLÁZQUEZ VICENTE

Para reflexionar

- ¿Soy centinela de lo que pasa a mi alrededor?
- ¿Mantengo mi lámpara siempre encendida?
 - ¿Qué luces iluminan mi vida?